

Henry David Thoreau, *Escritos espirituales y morales*. Edición de Diego Clares. Editorial Trotta, 2024.

[Diarios II, 4 (1850)] No prefiero una religión o filosofía a otra. No tengo simpatía por la intolerancia y la ignorancia que hacen distinciones transitorias y parciales y pueriles entre la fe o la forma de fe de un hombre y la de otro, como cristianos y paganos. Rezo por liberarme de la estrechez, la parcialidad, la exageración, el fanatismo. Para el filósofo, todas las sectas, todas las naciones, son semejantes. Me gustan Brahma, Hari, Buda, el Gran Espíritu, tanto como Dios.

[Una semana, 135-137] El conservadurismo más sabio es el de lo hindúes. “El hábito inmemorable es ley trascendental”, dice Manu. Es decir, era el hábito de los dioses antes de que los humanos lo practicaran. El defecto en los hábitos de nuestra Nueva Inglaterra reside en que son memorables. ¿Qué es la moralidad sino el hábito inmemorable? La conciencia lidera a los conservadores. “Desempeña las labores establecidas”, dice Krishna en el *Bhagavad gita*, “la acción es preferible a la inacción. El viaje de tu caparazón mortal podría fracasar por culpa de la inactividad”. [...] Estos filósofos habitan en la inexorabilidad y la inmutabilidad de las leyes, en el poder del carácter y la constitución, las tres *guna* o cualidades, y las circunstancias del nacimiento y la afinidad. El fin es una consolación inmensa; la absorción eterna en Brahma. Sus especulaciones nunca se aventuran más allá de sus propias mesetas, pese a que son tan altas y extensas como aquellas. La fortaleza, la libertad, la flexibilidad, la variedad, la posibilidad, que son también cualidades de lo Innombrable, no son asunto suyo. Las recompensas inmerecidas se obtienen mediante una perpetua monotonía moral; se sopesa, por así decirlo, la promesa incalculable del mañana. ¿Quién diría que su conservadurismo no ha sido efectivo? “Ciertamente”, dice un traductor francés, hablando de la antigüedad y la perdurabilidad de las naciones china e india y de la sabiduría de sus legisladores, “hay algunos vestigios de las leyes eternas que gobiernan el mundo”.

El cristianismo, por otro lado, es humano, práctico y, en un sentido amplio, radical. Durante muchos años y eras divinas, aquellos sabios se sentaron a contemplar el Brahman, pronunciando silenciosamente el místico *Om*, absortos en la esencia del Ser Supremo, nunca fuera de sí mismos, sino hundiéndose aún más profundamente en su interior; tan infinitamente sabios, pero infinitamente estancados; hasta que, al fin, en la misma Asia, aunque en su parte occidental, apareció un joven, completamente imprevisto para ellos, sin ser absorbido en el Brahman, sino bajando el Brahman a la tierra y a la humanidad; en quien el Brahman ha despertado de su largo sueño, y se ha esforzado, y el día ha llegado: un nuevo avatar. El brahmán nunca había penado en ser tanto hermano de la humanidad como hijo de Dios. Cristo es el príncipe de los Reformadores y los Radicales. Muchas expresiones del Nuevo Testamento llegan naturalmente a los labios de todos los protestantes, y este proporciona los textos más elocuentes y prácticos. No contiene sueños inofensivos ni especulaciones inteligentes, sino un sustrato de buen juicio por doquier. Nunca *reflexiona*, sino que se *arrepiente*. Podemos decir que no contiene poesía, nada que considerar bajo la única

luz de la belleza, sino que su propósito es la verdad moral. Su conciencia condena a todos los mortales.

El Nuevo Testamento es destacable por su moralidad pura; las mejores Escrituras Hindúes, por su intelectualidad pura. En ninguna parte se eleva y se mantiene al lector en una región del pensamiento más alta, pura, o *rara*, que en el *Bhagavad gita*. Warren Hastings, en la sensata carta en que recomienda la traducción de este libro al presidente de la Compañía Británica de las Indias Orientales, manifiesta que el original es “sublime en su concepción, razonamiento y lenguaje, casi inigualable” y que los escritos de los filósofos hindúes “sobrevivirán mucho después de que el dominio británico en la India desaparezca y las fuentes que alguna vez produjeron riqueza y poder se pierdan en el recuerdo”. Es, incuestionablemente, una de las escrituras más honorables y sagradas que han llegado hasta nosotros. Los libros han de distinguirse por la grandeza de sus temas, incluso más que por la forma de tratarlos. La filosofía oriental se aproxima, con facilidad, a temas más elevados que aquellos a los que aspira la filosofía moderna; y no es de extrañar que a veces los trate desprecupadamente. Sólo adjudica la posición que merecen, respectivamente, la Acción y la Contemplación, o, más bien, hace plena justicia a la segunda. Los filósofos occidentales no han concebido la importancia de la Contemplación en este sentido.

[Walden, 115] El ferrocarril de Fitchburg pasa rozando el lago a unos cien *rods* al sur del lugar donde vivo. Habitualmente voy al pueblo siguiendo sus raíles, y estoy, por así decirlo, en relación con la sociedad por este vínculo. [...]

El silbido de la locomotora penetra en mis bosques en verano y en invierno, resonando como el chillido de un gavilán volando sobre una granja, informándome de que muchos comerciantes de la ciudad llegan, inquietos, hasta el perímetro del pueblo, o los intrépidos vendedores del campo si vienen en sentido opuesto. [...]

Cuando me encuentro con la locomotora y su fila de vagones marchando con una movilidad planetaria; o, más aún, como un cometa, pues el observador no sabe si con tal velocidad y dirección volverá a visitar alguna vez este sistema, ya que la curva de su órbita no parece retornar; con su nube de humo ondeando detrás como un estandarte de guirnaldas doradas y plateadas, como muchas nubes mullidas que he visto, elevadas en el cielo, deshaciéndose en la luz; como si este semidiós viajero, este atosigador de las nubes, en poco tiempo se sirviera del cielo al atardecer como establo para su tren; cuando escucho al caballo de hierro haciendo eco en las colinas con sus resoplidos, como un trueno, sacudiendo la tierra con sus pies, exhalando fuego y humo por sus orificios nasales (no sé qué tipo de caballo alado o dragón abrasador aparecerá en las nuevas mitologías), parece que en la Tierra hubiera ahora una especie digna de habitarla. ¡Si todo fuera como parece y los hombres hicieran que los elementos les sirvan para fines nobles! Si la nube que pende sobre la locomotora fuera la transpiración de actos heroicos, o tan beneficiosos para los hombres como las que flotan sobre las granjas, entonces los elementos y la Naturaleza misma acompañarían alegremente a los hombres en sus tareas y serían su escolta.

[Diarios I, 177 (26 de enero de 1841)] La buena escritura, así como los buenos actos, debe obedecer a la conciencia. No tiene que mezclarse con una pizca de deseo o capricho. Si podemos oír, oigamos. Al escuchar con reverencia la voz interior, podemos reestablecernos en la cúspide de la humanidad.

[Vida sin principio, 160] Tal vez estoy más celoso con respecto a mi libertad que de costumbre. Siento que mis relaciones y obligaciones con la sociedad son, a día de hoy, muy livianas y transitorias. Esas tareas livianas que posibilitan mi subsistencia, y que me permiten hasta cierto punto servir a mis contemporáneos, todavía me resultan mayormente placenteras, y nadie suele recordarme que son una necesidad. Hasta ahora he tenido éxito. Pero preveo que, si mis necesidades aumentaran mucho, el trabajo requerido para satisfacerlas se convertiría en un aburrimiento. Si tuviera que vender mis mañanas y mis tardes a la sociedad, como muchos parecen hacer, estoy seguro de que, para mí, no quedaría nada por lo que mereciera la pena vivir. Confío en que nunca vendería mis derechos naturales por un potaje. Querría decir a todo hombre que puede ser muy diligente y aun así no gastar bien su tiempo. No hay un inepto más peligroso que quien consume la mayor parte de su vida ganándose la vida. Todos los grandes proyectos se sustentan en uno mismo.

[Diarios IX, 208 (7 de enero de 1857)] Nada es tan sanador, tan poético, como un paseo por los bosques y los campos incluso ahora, cuando no encuentro a alguien que salga por placer. Nada me inspira tanto ni me provoca un pensamiento tan sereno y provechoso. Los objetos se están elevando. En la calle y en sociedad soy, casi invariablemente, ordinario y disperso, mi vida es horriblemente mediocre. Ninguna cantidad de oro u honor podría redimirla lo más mínimos; ¡ni cenar con el gobernador ni con un miembro del Congreso! Pero a solas, en los campos o bosques distantes, entre los humildes rebrotes o en los pastos repletos de huellas de conejos, incluso en un día lúgubre y, para la mayoría, triste, como este, cuando un aldeano estaría pensando en su taberna, yo vuelvo sobre mí mismo, una vez más me siento enormemente conectado, y el frío y la soledad son mis amigos. Supongo que este valor, en mi caso, es equivalente a lo que otros obtienen al ir a la iglesia y rezar.

[Diarios II, 390-391 (17 de agosto de 1851)] Durante un día o dos ha hecho mucho frío, un frescor que se sentía incluso estando sentado junto a una ventana abierta con un abrigo fino en la parte oeste de la casa por la mañana, a la hora que buscas naturalmente el sol. No obstante, el frescor concentraba tus pensamientos. Como no pude situarme en una ventana soleada, salí afuera en la mañana del día 15 y me tumbé al sol en el campo con mi abrigo fino, aunque allí hacía incluso más frío. Noto como si este frescor me sentara bien. ¡Ojalá haga mi vida más meditativa! ¿Por qué la meditación debería ser afín a la tristeza? Hay cierta tristeza fértil que no quiero evitar, sino que más bien busco con empeño. Me resulta sumamente gozosa. Impide que mi vida sea trivial. Mi vida fluye en una corriente más profunda, no como un arroyo superficial y agitado, reseco y reducido por el calor veraniego. Este frescor llega a condensar el rocío y aclara la atmósfera. La quietud parece más profunda y significativa. Cada

sonido parece provenir de una mayor contemplación en la naturaleza, como si la naturaleza hubiera adquirido alguna personalidad y mente.

[Una semana, 65] Los dioses griegos son jóvenes y falibles y deshonrosos, tienen los vicios de los hombres, pero relacionados fundamentalmente con la divinidad. En mi Panteón, todavía reina Pan con su prístina gloria, con su tez rojiza, con su barba extensa y su cuerpo peludo, su flauta y su cayado, su ninfa Eco y su hija predilecta, Yambe; pues el gran dios Pan no está muerto, como se rumoreaba. Ningún dios muere jamás. Quizá de entre todos los dioses de Nueva Inglaterra y de la antigua Grecia, estoy más a menudo en su templo.

Me parece que el dios al que se adora habitualmente en los países civilizados no es totalmente divino, aunque tenga un nombre divino, sino que es la combinación del honor y autoridad arrolladora de la humanidad. Los hombres se veneran unos a otros, pero no a Dios. Si pensara que puedo hablar con criterio e imparcialidad sobre las naciones de la cristiandad, debería elogiarlas; pero eso me cuesta demasiado. Parecen ser lo más civilizado y humano, pero puedo estar equivocado. Todos los pueblos tienen dioses para disfrazar sus circunstancias.

[Diarios I, 53-54 (10 de agosto de 1838)] *El tiempo del universo.* Ni todas las vanidades que afligen al mundo podrían cambiar un ápice de las dimensiones que adopta la noche, sino que siempre ha de tener una pequeña métrica particular. El alma humana es un arpa silenciosa en el coro de Dios, cuyas cuerdas solo necesitan que el aliento divino las roce para conciliarse con la armonía de la creación. Cada pulsación está sincronizada con el canto del grillo y el tictac de la muerte en el reloj de la pared. Alternos con ellos si podéis.

[Vida sin principio, 156-160] Consideremos el modo en que pasamos nuestras vidas. Este mundo es un lugar de negocios. ¡Qué infinito ajeteo! Casi todas las noches me despierta el jadeo de la locomotora. Interrumpe mis sueños. No hay *Sabbat*. Sería glorioso ver a la humanidad descansando por una vez. No hay sino trabajo, trabajo, trabajo. No es fácil comprar un cuaderno en blanco para escribir mis pensamientos; suelen estar preparados para los dólares y los centavos. Un irlandés, al verme tomar notas en el campo, dio por hecho que estaba calculando mi salario. Si un hombre se cayó por la ventana de niño y quedó tullido de por vida, o si se volvió loco por miedo a los indios, la gente lamenta que haya quedado incapacitado ¡para los negocios! Creo que no existe algo, ni siquiera el crimen, más opuesto a la poesía, a la filosofía, sí, a la vida misma, que este negocio incesante.

Hay un vecino codicioso, rudo y escandaloso a las afueras de nuestro pueblo, que va a construir un muro al pie de la colina alrededor de su campo. Las autoridades se lo han metido en la cabeza para que evite problemas, y quiere que esté durante tres semanas cavando con él. El resultado será que tal vez acapare algo más de dinero y se lo dejará a sus herederos para que lo gasten estúpidamente. Si yo hiciera esto, muchos me elogiarían por ser un hombre diligente y trabajador; pero si decido consagrarme a ciertas labores que me proporcionen un beneficio más auténtico, aunque menos dinero, tenderán a mirarme como a un holgazán. Sin

embargo, como no necesito que me controle la patrulla de las ocupaciones inútiles, y no encuentro absolutamente nada loable en el proyecto de este vecino, más que en tantas empresas acometidas por otros gobiernos o el nuestro, por muy entretenidas que puedan resultarles a ellos, prefiero terminar mi educación en una escuela diferente.

Si un hombre, por amor, pasea por los bosques durante la mitad del día, corre el riesgo de que le consideren un gandul; pero si dedica todo el día a especular, talando esos bosques y dejando la tierra árida antes de tiempo, se le considera un ciudadano diligente y emprendedor. ¡Como si un pueblo no tuviera más interés en sus bosques que el de talarlos!

La mayoría de los hombres se sentirían insultados si les propusieran el empleo de lanzar piedras contra un muro y, después, lanzarlas de vuelta, con el único fin de ganarse el sueldo. Pero muchos no trabajan ahora en algo más valioso que esto. [...]

Los modos por los que obtenéis dinero, casi sin excepción, os rebajan. Haber hecho algo por lo que *solamente* has ganado dinero es haber sido un auténtico gandul o algo peor. Si el trabajador no obtiene más que el salario que su patrón le paga, le engañan, se engaña a sí mismo. Si consiguieras dinero como escritor o conferenciante, serías popular, lo que significa caer perpendicularmente. Esos servicios por los que la comunidad está más dispuesta a pagar son los más desagradables de cumplir. Os pagan por ser algo menos que un hombre. El Estado habitualmente no recompensa el genio con algo más de sabiduría. Incluso el poeta laureado preferiría no tener que ensalzar los accidentes de la realiza. Tienen que sobornarlo con un tonel de vino; y quizás otro poeta se aparte de su musa para calibrar ese mismo tonel. En cuanto a mis negocios, mis patrones no quieren el tipo de agrimensura que yo realizaría con más satisfacción. Prefieren que haga mi trabajo bruscamente y no muy bien, sí, no lo suficientemente bien. Cuando advierto que hay diferentes formas de hacer mediciones, mi patrón me suele preguntar cuál le daría más tierras, no cuál es más correcta. Una vez inventé una regla para medir los troncos cortados e intenté introducirla en Boston, pero el agrimensor de la zona me dijo que los vendedores no querían que su madera se midiera correctamente, que él ya era muy riguroso para ellos y por eso habitualmente medían su madera en Charlestown antes de cruzar el puente.

El propósito del trabajador debería ser, no ganarse la vida, ni tener “un buen trabajo”, sino realizar bien un determinado trabajo; y, hasta en un sentido pecuniario, sería económico para un pueblo pagar a sus trabajadores tan bien que no sintieran que trabajan por fines menores, como para sustentarse sin más, sino para fines científicos o incluso morales. No contratéis a un hombre que trabaje por dinero, sino a aquel que lo hace por amor.

Es destacable que pocos hombres están tan bien empleados, tan dedicados a sus intereses, sino que un poco de dinero o fama podría persuadirlos para abandonar su tarea actual. Veo anuncios para jóvenes *activos*, como si la actividad fuera todo el capital de un joven. Me he sorprendido cuando alguien me ha propuesto confiadamente, a mí que soy un hombre adulto, embarcarme en una de estas empresas, como si no tuviera absolutamente nada que hacer, como si mi vida hubiera sido un desastre absoluto hasta ahora. ¡Qué dudoso cumplido me regaló! ¡Como si me hubiera encontrado en mitad del océano luchando contra el viento, sin rumbo alguno, y me propusiera ir con él! Si lo hiciera, ¿qué creéis que dirían las aseguradoras? ¡No, no! No estoy desempleado en esta etapa del viaje. A decir verdad, vi un

anuncio para marineros capacitados, cuando era un muchacho, en mi puerto natal, y en cuanto tuve la edad, me embarqué.

La comunidad no tiene sobornos con los que tentar a un hombre sabio. Podéis recaudar suficiente dinero para cavar un túnel en la montaña, pero no podéis recaudar suficiente dinero para contratar a un hombre que se dedica a *sus propios* negocios. Un hombre eficiente y valioso hace lo que puede, tanto si la comunidad le paga como si no. El ineficiente ofrece su ineficiencia al mayor postor y siempre espera que le den el puesto. Podemos imaginar que raramente acaban decepcionados.

Tal vez soy más celoso de mi libertad que la mayoría. Siento que mi conexión y mi obligación para con la sociedad son aún muy livianas y transitorias. Los trabajos livianos que me proporcionan sustento, y que me permiten hasta cierto punto servir a mis contemporáneos, me suelen resultar placenteros y a menudo no me hacen recordar que son una necesidad. Por ahora he tenido éxito. Pero preveo que, si mis necesidades aumentaran mucho, el trabajo que requeriría satisfacerlas se me volvería pesado. Si vendiera mis mañanas y mis tardes a la sociedad, como parece hacer la mayoría, estoy seguro de que, para mí, no quedaría nada por lo que mereciera la pena vivir. Confío en que nunca venderé mi primogenitura por un plato de lentejas. Quiero sugerir que un hombre puede ser muy diligente, pero no emplear bien su tiempo. No hay inepto más dañino que quien consume la mayor parte de su vida ganándose la vida.

[*Walden*, 135-137] Encuentro algo saludable en estar solo la mayor parte del tiempo. Estar acompañado, incluso por los mejores, enseguida me fastidia y me dispersa. Adoro estar solo. Nunca he encontrado un compañero tan sociable como la soledad. La mayoría de las veces nos encontramos más solos cuando viajamos al extranjero en compañía que cuando permanecemos en nuestra habitación. Un hombre que piensa o trabaja está siempre a solas, dejad que esté donde quiera. La soledad no se mide por las millas de espacio que se interponen entre un hombre y sus semejantes. Un estudiante realmente diligente, en uno de los enjambres abarrotados de la Universidad de Cambridge, es tan solitario como un derviche en el desierto. El granjero puede trabajar a solas en el campo o en los bosques durante todo el día, cavando o cortando madera, y no sentirse aislado, porque está ocupado; pero cuando vuelve a casa por la noche, no puede sentarse solo en una habitación, a merced de sus pensamientos, sino que tiene que estar donde pueda “ver gente” y distraerse y, según piensa, gratificarse por la soledad del día; y de ahí que se pregunte cómo puede el estudiante quedarse solo en casa toda la noche y la mayor parte del día sin hastío ni melancolía; pero no se percata de que el estudiante, aunque esté en casa, aún trabaja en *su* campo y corta madera en *sus* bosques, como el granjero en los suyos, y entretanto busca la misma diversión y compañía que este último, aunque puede que en una forma más concentrada.

La compañía suele ser demasiado barata. Nos encontramos en intervalos muy cortos, sin tiempo para adquirir nuevos valores entre nosotros. Nos reunimos en las comidas tres veces al día y nos ofrecemos de nuevo un bocado de ese viejo queso mohoso del que estamos hechos. Hemos llegado a convenir una serie de reglas, denominadas etiqueta y cortesía, para hacer que estos encuentros habituales resulten tolerables y que no sea necesario llegar a una

guerra abierta. Nos encontramos en la oficina de correos, en la congregación, y cada noche junto al fuego; vivimos con abundancia y nos metemos en el camino de los demás, y nos tropezamos unos con otros, y creo que así perdemos gran parte del respeto mutuo. Indudablemente, con una menor frecuencia se satisfarían todas las comunicaciones importantes y cordiales. Pensad en las muchachas de una fábrica: nunca solas, apenas en sus sueños. Sería mejor que hubiera un habitante por cada milla cuadrada, como donde yo vivo. El valor de un hombre no está en su piel, de modo que podamos tocarlo.

He oído hablar acerca de un hombre perdido en los bosques, que estaba muriendo de hambre y cansancio al pie de un árbol, cuya soledad quedó aliviada por las grotescas visiones, debidas a su debilidad corporal, con las que le rodeaba su enferma imaginación, que creyó reales. Así también, debido a la salud y a la fuerza del cuerpo y la mente, una compañía semejante, pero más normal y natural, puede llegar a animarnos continuamente y hacernos saber que nunca estamos solos.

Me encuentro enormemente acompañado en mi cabaña; especialmente por la mañana, cuando nadie me llama. Dejadme establecer unas pocas comparaciones para que cualquiera pueda hacerse una idea de mi situación. No soy más solitario que el somormujo en la laguna, que ríe ruidosamente, o que la misma laguna de Walden. Pregunto, ¿qué compañía tiene esa laguna solitaria? Y, sin embargo, no tiene diablos azules, sino ángeles azules, en el tinte cerúleo de sus aguas. El sol está solo, excepto con un clima denso, cuando a veces parece que hay dos, aunque uno sea un sol simulado. Dios está solo, a diferencia del diablo, que se encuentra muy lejos de estar solo; está enormemente acompañado; es legión. No estoy más solo que el único gordolobo o diente de león que haya en un prado, o que una hoja de judía, o una acedera, o un tábano, o un abejorro. No estoy más solo que el arroyo Mill, o que una veleta, o la estrella polar, o el viento del sur, o un aguacero en abril, o un deshielo en enero, o la primera araña en una casa nueva.

[Walden, 4-7] De buen grado diría algo, no tanto sobre los chinos o los habitantes de las islas Sandwich, sino sobre vosotros, que leéis estas páginas, que se dice que vivís en Nueva Inglaterra; algo sobre vuestra situación, especialmente sobre vuestras situaciones externas o vuestras circunstancias en este mundo, en este pueblo, es decir, sobre si es necesario que sean tan malas como son, sobre si pueden mejorarse o no. He viajado bastante por Concord, y en todas partes, en las tiendas y las oficinas y los campos, me ha parecido que sus habitantes estaban haciendo penitencia de mil maneras sorprendentes. He escuchado sobre brahmanes sentados y expuestos a cuatro fuegos, con la cara mirando al sol; o colgando en suspensión, con las cabezas hacia abajo, sobre las llamas; o mirando a los cielos sobre sus hombros “hasta que les fuera imposible recuperar su posición natural, aunque por su retorcido cuello no pudieran llegar a su estómago más que líquidos”; o viviendo encadenados de por vida al pie de un árbol; o midiendo con sus cuerpos, como orugas, la extensión de grandes imperios; o aguantando sobre una pierna en lo alto de una columna; incluso esas formas de penitencia consciente son apenas más increíbles y extraordinarias que las escenas que presencié a diario. Los doce trabajos de Hércules serían insignificantes en comparación con aquellos a los que se han comprometido mis vecinos; pues aquellos eran sólo doce y tenían un fin; pero nunca pude ver que estos hombres mataran o capturasen a algún monstruo o terminaran trabajo

alguno. No tienen un amigo Yolao que queme con un hierro ardiente la raíz de la cabeza de la hidra, sino que tan pronto como destrozan una cabeza, brotan dos.

Veo a hombres jóvenes, mis conciudadanos, cuyo infortunio es haber heredado granjas, casas, graneros, ganado y herramientas de labranza; pues es más fácil adquirirlos que deshacerse de ellos. Habría sido mejor si hubieran nacido en campo abierto y sido amamantados por una loba, pues podrían haber visto con ojos más claros qué tierras estaban llamados a trabajar. ¿Quién los hizo siervos del suelo? ¿Por qué deberían comer sus sesenta acres cuando el hombre está condenado a comerse tan solo su ración de barro? ¿Por qué deberían empezar a cavar sus tumbas tan pronto como nacen? Tienen que vivir la vida de un hombre, poniendo todas estas cosas frente a ellos y salir tan triunfantes como puedan. ¡Cuántas pobres almas inmortales he conocido casi aplastadas y sofocadas bajo su carga, arrastrándose por el camino de la vida, poniendo ante sí un granero de setenta y cinco por cuarenta pies, sus establos de Augías nunca limpios, y cien acres de tierra, labranza, siega, pasto y arboleda! Los desposeídos, que se esfuerzan sin tan innecesarios estorbos heredados, encuentran suficiente trabajo en dominar y cultivar unos pocos pies cúbicos de carne.

Pero los hombres trabajan bajo un error. La mejor parte del hombre queda rápidamente labrada en el suelo como abono. Por un hado semejante, a menudo llamado necesidad, se han dedicado, como dice un viejo libro, a almacenar tesoros que se corromperán por las polillas y el óxido, y que los ladrones buscarán y robarán. [...]

La mayoría de los hombres, incluso en este país relativamente libre, por mera ignorancia o error, está tan ocupada en preocupaciones artificiales y en las superfluas labores toscas de la vida, que no pueden recoger sus frutos más delicados. Sus dedos, por el esfuerzo excesivo, han quedado demasiado torpes y temblorosos para ello. En realidad, el hombre laborioso no tiene suficiente tiempo libre para ser verdaderamente íntegro cada día; no puede permitirse desarrollar las relaciones más humanas con otros hombres; su trabajo se devaluaría en el mercado. No tiene tiempo para ser sino una máquina. [...]

Algunos de vosotros, todos lo sabemos, sois pobres; os resulta duro vivir; en ocasiones, por así decirlo, respiráis con dificultad. No me cabe duda de que algunos de vosotros, que leéis este libro, no sois capaces de pagar todos los alimentos que, de hecho, os coméis, o los abrigo y zapatos que tan rápido os ponéis, o que ya están desgastados, y habéis acudido a estas páginas para tomaros un tiempo prestado o perdido, robándoos una hora a vuestros acreedores. Es muy evidente que muchos de vosotros vivís unas vidas míseras y afanosas, pues por experiencia he afinado mi vista; siempre en los límites, intentando entrar en un negocio e intentando escapar de las deudas: una ciénaga muy antigua, llamada por los latinos *aes alienum*, el cobre ajeno, pues algunas de sus monedas estaban hechas de cobre; todavía viviendo, agonizando, y enterrados en este cobre ajeno; siempre prometiendo pagar, prometiendo pagar mañana, y agonizando hoy, insolventes; intentando ganar favores, obtener clientes, de tantísimas formas, mientras no os puedan encarcelar por ello; mintiendo, adulando, votando, comprometiéndose con la corteza de la civilización o explayándose en una atmósfera de fina y gaseosa generosidad, para persuadir a tu vecino de que te deje hacer sus zapatos, o su sombrero, o su abrigo, o su carro, o traerle la comida; haciéndose enfermar, y así podéis guardaros algo para el día que estáis enfermos, algo que escondéis en un viejo

baúl, o en un calcetín tras la pared de yeso, o, con mayor seguridad, en un banco de ladrillo; no importa dónde, no importa si es mucho o poco.

[**Walden, 129**] Hace una tarde deliciosa, en la que todo el cuerpo es un único sentido y se empapa de deleite por cada poro. Voy y vengo con una extraña libertad en la naturaleza, como una parte de ella.

[**Walden, 134-135**] Con el pensamiento podemos salir de nosotros mismos en un buen sentido. Mediante un esfuerzo mental consciente, podemos situarnos a cierta distancia de los actos y sus consecuencias; y todas las cosas, buenas y malas, nos pasan como un torrente. No estamos totalmente involucrados con la Naturaleza. Puedo ser tanto la madera a la deriva en un río como Indra observándola desde el cielo. *Puede* afectarme una representación teatral; por otro lado, *puede* no afectarme un suceso real que parece concernirme mucho más. Sólo me conozco a mí mismo como una entidad humana; la escena, por así decirlo, de pensamientos y afectos; soy consciente de cierta duplicidad por la que puedo situarme tan lejos de mí mismo como de cualquier otro. Por muy intensa que sea mi experiencia, tengo conciencia de la presencia y la crítica de una parte de mí mismo que, en cierto sentido, no es un aparte de mí, sino un espectador que no comparte la experiencia, pero toma nota de ella; y que no es más yo que tú. Cuando la obra, puede que la tragedia, de la vida se termina, el espectador sigue su camino. En lo que a él se refiere, era una especie de ficción, solamente el producto de la imaginación. Esta duplicidad puede hacer que a veces seamos, fácilmente, amigos y vecinos pobres.

[**Diarios III, 370-372 (5 de agosto de 1851)**] 7:30 P. M. Luna casi llena. Estoy sentado junto a Hubbard's Grove. [...] Cuando el crepúsculo se intensifica y la luz de la luna es más y más brillante, empiezo a distinguirme a mí mismo, quién soy y dónde estoy; cuando mis paredes se contraen, me quedo más recogido y sereno, y soy consciente de mi propia experiencia, como cuando llevo una lámpara a un apartamento oscuro y veo quién me acompaña. Recupero un poco de cordura con el frío y la luz dorada más tenue, mis pensamientos son más nítidos, moderados y templados. La reflexión es más propicia mientras el día se va; mi vida está demasiado dispersa y desperdigada; la rutina triunfa y prevalece sobre nosotros; lo trivial tiene mayor poder, sobre todo a mediodía, la hora más trivial del día. Me mantengo sobrio por la luz de la luna. Me considero a mí mismo. Es como una copa de agua fría para un hombre sediento. La luz de la luna resulta más favorable para la meditación que la luz del sol.

[**Walden, 143-144**] Tuve más visitas cuando vivía en los bosques que en cualquier otro periodo de mi vida; es decir, que tuve algunas. Allí conocí a muchos en condiciones más favorables que en cualquier otro lugar. Pero pocos vinieron a verme por asuntos triviales. En cuanto a esto, mi mera distancia con respecto al pueblo aventaba mis visitas. [...]

Quién vendría a mi cabaña sino un auténtico hombre homérico o paflagonio (quien tiene un nombre tan adecuado y poético que siento mucho no poder mencionar), un canadiense, un leñador y fabricante de postes, que puede hacer agujeros para cincuenta postes cada día, cuyo último bocado fue una marmota cazada por su perro. Él también había oído hablar de Homero y, “si no fuera por los libros, no sabría qué hacer en los días de lluvia”; aunque tal vez no ha terminado de leer un libro en muchas temporadas lluviosas.

[Una semana, 267] Un amigo es quien nos hace incesantemente el cumplido de esperar de nosotros todas las virtudes y quien sabe apreciarlas. Hacen falta dos para decir la verdad: uno para hablar y otro para escuchar. ¿Cómo podríamos tratar con magnanimidad la madera y la piedra? Si tratamos solamente con los falsos y los deshonestos, al final olvidaremos cómo decir la verdad. Sólo los amantes conocen el valor y la magnanimidad de la verdad, mientras que los comerciantes aprecian una honestidad barata, y los vecinos y conocidos un civismo barato.

[Diarios V, 4-5 (5 de marzo de 1853)] El secretario de la Asociación para el Avance de la Ciencia me pide, como probablemente ha pedido a otros miles, en una carta circular impresa enviada desde Washington el otro día, que rellene los huecos acerca de ciertas cuestiones, de las cuales la más importante era en qué rama de la ciencia estaba más interesado, usando el término ciencia en el sentido más amplio posible. Ahora, aunque podría expresar ante algunos qué departamento de estudios humanos me llama la atención, y me alegraría tener la oportunidad de hacerlo, sentí que me convertiría en el hazmerreír de la comunidad científica si describiera o intentara describir ante ellos la rama de la ciencia que me interesa en especial, puesto que no creen en una ciencia que trate sobre la ley superior. Así, me vi obligado a hablarles en sus condiciones y describirles solamente esa parte más pobre de mí que pueden entender. El hecho es que soy un místico, un trascendentalista y, además, un filósofo de la naturaleza. Ahora que lo pienso, debería haberles dicho de inmediato que era un trascendentalista. Habría sido el camino más corto para decirles que no entenderían mis explicaciones.

¡Qué absurdo es que, aunque probablemente estoy tan cerca de la naturaleza como cualquiera de ellos y, por mi constitución, soy un observador tan bueno como la mayoría, una explicación sincera de mi relación con la naturaleza solo provocara que se mofaran! Si hubiera sido el secretario de una asociación que presidiera Platón o Aristóteles, no habría vacilado al describir mis estudios inmediatamente y con detalle.

[Diarios II, 43-44 (julio-agosto de 1850)] Me parece que lo real es mucho menos real que lo imaginario. No sé por qué a lo primero se le da tal protagonismo e importancia singular. Aquello que posee mis pensamientos me impresiona en la medida en que se desprende de lo real. Nunca he encontrado algo tan verdaderamente utópico y accidental como algunos sucesos reales. Me han conmovido menos que mis sueños. Cualquier cosa que le suceda realmente a un hombre es maravillosamente trivial e insignificante, incluso la misma muerte,

imagino. Quien se ahoga en su destino se queja de él, de que no *le* acaricie. No trata directamente con él. Tengo en mi bolsillo un botón que arranqué del abrigo del marqués de Ossoli en la orilla del mar el otro día. Levantado, intercepta la luz y arroja una sombra (un botón *real*, lo llaman) y sin embargo toda la vida con la que está conectado me resulta menos sustancial que mis sueños más borrosos. ¿Cuál es la diferencia entre esta corriente de acontecimientos que aceptamos llamar reales y esa otra corriente más intensa que nos arrastra en soledad? En la primera, nuestros cuerpos flotan y a través de ellos obtenemos cierta simpatía; en la otra, lo hace nuestro espíritu. Siempre estamos muriendo en un mundo y naciendo en otro, y posiblemente ningún hombre sabe si en algún momento ha muerto en el mismo sentido en que afirma tal fenómeno de otra persona, o no. Nuestros pensamientos son las épocas de nuestra vida: todo lo demás es solamente un diario de los vientos que soplan mientras estamos aquí.

[Carta a Harrison Blake (2 de mayo de 1848)] Usted me pregunta si hay una doctrina del sufrimiento en mi filosofía. Sobre el sufrimiento agudo, supongo que sé relativamente poco. Mis sufrimientos más tristes y más genuinos tienden a ser solamente lamentos transitorios. El lugar del sufrimiento queda ocupado, quizá, por cierta indiferencia rígida y proporcionalmente estéril. Soy pariente del césped y comparto gran parte de su aburrida paciencia en invierno esperando que llegue el sol de la primavera. En mis momentos más ordinarios, tiendo a pensar que no es asunto mío “buscar el espíritu” sino más bien que me busque a mí. Conozco muy bien a lo que se refería Goethe cuando decía que nunca tuvo un disgusto del que no extrajera un poema. En general, he tenido demasiada paciencia de este tipo. Me contento demasiado fácilmente con una felicidad ligera y casi animal. Mi felicidad es tan buena como la de una marmota.

Creo que nunca estoy demasiado entregado, nunca soy completamente la criatura de mis estados de ánimo, siendo siempre, en cierta medida, su crítico. Mi única experiencia integral es mi visión. Veo, tal vez, con mayor integridad de lo que siento.

[Carta a Harrison Blake (3 de abril de 1850)] Sr. Blake: Le agradezco su carta y trataré de recordar algunos de los pensamientos que sugiere, sean pertinentes o no. Usted habla de pobreza y dependencia. ¿Quiénes son pobres y dependientes? ¿Quiénes son ricos e independientes? ¿Cuándo convinieron los hombres respetar las apariencias y no la realidad? ¿Por qué las apariencias deberían *aparecer*? ¿Estamos bien familiarizados, entonces, con la realidad? No hay nadie que no se engañe cada hora con el respeto que otorga a las falsas apariencias. ¡Qué dulce sería tratar a los hombres y a las cosas, durante una hora, justo por lo que son! Nos asombra que el pecador no confiese su pecado. Cuando estamos agotados por el viaje, dejamos a un lado nuestras cargas y descansamos junto al camino. Así también, cuando estamos agotados por los agobios de la vida, ¿por qué no dejamos esta carga de falsedades, que hemos mantenido voluntariamente, nos renovamos como ningún mortal ha hecho? Dejemos que las leyes hermosas prevalezcan. No nos agotemos resistiéndonos. Cuando reposamos nuestros cuerpos, dejamos de mantenerlos; nos recostamos en el regazo de la tierra. Así también, cuando reposemos nuestros espíritus, debemos recostarnos sobre

el Gran Espíritu. Soltemos las cosas; que pesen lo que quieran; que floten o caigan. Lograr abandonar una sola cosa en una mañana infernal, aunque fuera una pobre manzana helada-templada que cuelga en un árbol, ¡qué gloriosa hazaña! Me parece una luz a través del oscuro universo. ¡Qué infinita salud hemos descubierto! Dios reina, *i. e.*, cuando adoptamos una visión liberal, cuando una visión liberal se nos presenta.

Abandonemos a Dios si es necesario. Creo que, si lo amara más, debería mantenerlo (o más bien debería mantenerme a mí mismo) a una distancia más respetuosa. No cuando me aproximo a conocerlo, sino cuando me aparto y lo dejo solo, descubro que Dios existe. He dicho Dios. No estoy seguro de que sea su nombre. Usted sabrá a lo que me refiero.

[Carta a Harrison Blake (7 de diciembre de 1856)] Ese Walt Whitman, sobre el que ya le escribí, es el suceso más interesante para mí en este momento. Ya he leído su segunda edición (que me envió) y me ha hecho mejor que cualquier otra lectura en mucho tiempo. Quizá recuerdo mejor los poemas de Walt Whitman “Un americano” y “Poema del ocaso”. Hay dos o tres partes en el libro que son desagradables, por decir poco, simplemente sensuales. No celebra el amor en absoluto. Es como si hablara la bestia. Creo que los hombres no se han avergonzado sin razón. Sin duda, siempre ha habido antros donde tales actos se recitaban sin sonrojo, y no tiene mérito competir con sus moradores. Pero incluso en ese lado, ha pronunciado mayores verdades que cualquier americano o moderno que yo conozca. Sus poemas me parecen emocionantemente alentadores. En cuanto a su sensualidad (y puede llegar a ser menos sensual de lo que parece) no deseo tanto que esos fragmentos no se hubieran escrito, sino que los hombres y mujeres fueran suficientemente puros para leerlos sin dañarse, es decir, sin comprenderlos. [...]

Seguro que algunas veces me siento un poco intimidado. Por su entusiasmo y sus términos vulgares, me sitúa en un marco mental más liberal, preparado para ver maravillas; como si me situara sobre una colina o en medio de una llanura, me zarandeara bien y entonces me echara encima mil ladrillos. Aunque sea grosero y a veces ineficaz, es una excelente poesía primitiva, una alarma o un toque de trompeta sonando a través de los campos de América. Maravillosamente parecido a los orientales, además, teniendo en cuenta que, cuando le pregunté si los había leído, me respondió: “No, hábleme de ellos”.